

# 1

*Primavera de 1809, Londres*

El silencio se extendió por la sala de baile en el instante en que sus pies tocaron el escalón más alto.

Antes de que lady Margaret Neely tuviera ocasión de hacer ningún comentario sobre la extraña reacción de los presentes, su madre la arrastró escaleras abajo. Y solo entonces comprendió que el desastre era inminente: la forma en que cada persona evitaba su mirada, las voces quedadas que se oían por la estancia, el modo en que los que bailaban detenían sus pasos a mitad de un giro.

Lo sabían.

De algún modo, a pesar de sus esfuerzos, aquella tarde el rumor sobre lo sucedido la noche antes se había extendido por las calles de Londres. En las visitas matinales, en los paseos en carruaje por Hyde Park, o los paseos a pie por Rotten Row..., de alguna manera la alta sociedad londinense había hecho correr el rumor por todas partes.

Ese día su hermana menor estaba enferma, y por ello la madre no había querido salir a hacer visitas. Maggie se había sentido aliviada y había dedicado la mañana a dibujar, y dio gracias porque tampoco ellas recibieron ninguna visita. Ahora entendía por qué.

Le daban ganas de gritar. Ella no había hecho nada malo. De hecho, estaba haciendo un gran esfuerzo por comportarse como una joven inglesa educada mientras duraba su presentación en sociedad. Y sabe Dios que, con los cabellos negros de su padre y su temperamento

irlandés, había sido una tortura. Maggie no se comportaba como las otras ni tenía su aspecto, y la alta sociedad parecía disfrutar tachándola de forastera a pesar de que había pasado casi toda la vida en Londres.

—¿Por qué se ha callado todo el mundo? —le susurró su madre al oído—. Margaret, ¿qué has hecho?

Evidentemente, su madre también había notado la sensación de malestar en el ambiente. Y no era extraño que su primer impulso fuera atribuir aquel malestar a Maggie. Y aun así, Maggie no pudo contestar. Se le había hecho un nudo en la garganta, e incluso respirar era una lucha.

«Huye», oyó en su mente. Huye y finge que todo esto no ha pasado. Pero ella no había hecho nada malo. Alguien la creería, seguro. Lo único que debía hacer era explicar lo que había sucedido en los jardines Lockheed.

Así pues, alzó el mentón y siguió bajando hacia la luminosa sala. La tozudez siempre había sido un defecto de su carácter, eso decían. Mamá siempre se lamentaba porque ella discutía y discutía aun cuando ya había dejado clara su opinión. No pensaba dar media vuelta y salir huyendo, por mucho que se le encogiera el estómago. No, les plantaría cara, aunque solo fuera para demostrar que podía hacerlo.

Cuando llegaron al pie de la escalera, el silencio era ensordecedor. Sus anfitriones no se acercaron prestos para recibir las. Y ninguna de sus escasas amistades corrió a su lado para compartir algún chisme o elogiar su vestido. Ningún joven apuesto acudió para pedir que le reservara un baile en su libreta.

No, en lugar de eso, la multitud retrocedió, como si una bestia salvaje hubiera entrado en la sala y temieran que pudiera atacar en cualquier momento.

—Vamos —ordenó su madre tomándola del brazo—. Volvamos a casa.

—No —susurró ella con énfasis.

Lo que había sucedido no era culpa suya. No permitiría que nadie la intimidara. Alguien tenía que creerla...

En ese instante, un borrón de seda azul se concretó en las facciones arreboladas de lady Amelia.

—No me puedo creer que seas tan necia para presentarte aquí —musitó la joven por lo bajo.

Maggie cuadró los hombros y se concentró en su amiga.

—No sé lo que habrás oído, pero...

—Me lo ha contado todo. ¿Acaso pensabas que no lo haría? Mi prometido me ha confesado tu... tu perversidad, Margaret. Has intentado arrebatármelo, y te salió mal.

En aquellos momentos, la sala en pleno las miraba y escuchaba con avidez la conversación. Incluso la orquesta había dejado de tocar.

—Amelia, ¿por qué iba yo a...?

—Siempre has estado celosa. Yo he tenido otras tres peticiones de mano esta temporada y tú ninguna. No me sorprende en absoluto que hayas tratado de robarme al señor Davenport.

Como heredero del vizconde de Cranford, el señor Davenport era considerado por la mayoría como el soltero más deseado de Londres. Había pedido la mano de Amelia hacía más de un mes y Maggie se había sentido muy feliz por ella.

De modo que no hizo caso del respingo que dio su madre y mantuvo sus ojos clavados en los de Amelia.

—Estás equivocada.

—Amelia. —Era lady Rockland, que apareció en ese momento y tomó a su hija del brazo—. Vámonos enseguida. Vas a arruinar tu reputación si hablas con esta...

Dejó la frase sin acabar, no pronunció la ofensiva palabra, y se limitó a darse la vuelta con una visible expresión de repugnancia. Sin embargo, Maggie podía imaginar perfectamente lo que había querido decir.

Puta. Ramera. Meretriz.

¿En eso se había convertido a ojos de todos? Aquello era absolutamente incomprensible. El señor Davenport había mentido. Maggie había accedido a reunirse con él para, como él dijo, hablar de Amelia.

Pero en cuanto estuvieron en los límites de los jardines, quedó muy claro que las intenciones del joven eran otras. La tomó del brazo y le puso la boca en su boca. Y le rompió el vestido. Maggie le golpeó en el lugar que más le duele a un hombre y él la soltó. Ella corrió entonces hacia la casa y, sin duda, la pareja que llegaba en aquellos momentos y la vio con las ropas desarregladas había sacado sus propias conclusiones.

El señor Davenport la había engañado. La había atacado. Y para acabar de arreglarlo le había contado una mentira a Amelia, una de las pocas jóvenes con las que Maggie había entablado amistad. La necesidad de que los demás conocieran la verdad la carcomía. ¿Es que a nadie le importaba la verdad?

Mientras paseaba la mirada por la habitación, el odio con que todos la observaban le dejó muy claro que no, la verdad no le importaba a nadie. La alta sociedad londinense había dictado sentencia. Le daban ganas de gritar por lo injusto de aquello. ¿Es que nadie acudiría en su ayuda? Alguna de las otras jóvenes solteras, o el hombre a quien consideraba...

Con algo más que desesperación, Maggie escrutó la habitación, buscando a un hombre alto y rubio. Él había sido su tabla de salvación aquella temporada, era la única persona que de verdad la conocía y tenía que saber que ella jamás haría algo tan desconsiderado. Sin duda, Simon ya habría oído lo sucedido. ¿Por qué no había corrido a su lado para defenderla?

Allí, al fondo del salón. Sus ojos se encontraron con aquella mirada azul y deslumbrante que tan bien conocía, una mirada que la había buscado con adoración más noches de las que podía contar. Pero los ojos de Simon no brillaban; la miraban mortecinos, desprovistos de toda emoción. El rubor le cubrió las mejillas, casi como si se sintiera... furioso, o quizás abochornado... y eso no tenía ningún sentido.

Maggie cruzó con fuerza sus manos enguantadas, suplicando en silencio que Simon fuera a rescatarla. Pero él no se movió. Sin apartar la mirada, levantó su copa de champán y la apuró.

Por un instante, Maggie se llenó de esperanza, porque vio que Simon se movía, pero la esperanza se desvaneció con rapidez, porque lo que hizo fue darle la espalda.

Simon le había dado la espalda.

Nadie se movía. Nadie hablaba. Era como si todos estuvieran esperando para ver qué hacía. Maggie sintió que la histeria burbujeaba en su pecho, golpeando con fuerza sus pulmones.

Señor, señor. ¿Qué iba a ser de ella?

## 2

*Diciembre de 1819, Londres*

El pasado de un hombre puede olvidarse fácilmente... siempre y cuando no esté expuesto en el escaparate de una tienda en la zona más concurrida de Saint James.

Simon Barrett, octavo conde de Winchester, estaba plantado en la calle, en aquel gélido día invernal, con la vista clavada en otro brillante recordatorio de su juventud ilustre y su afición de entonces por la bebida. A pesar del frío, una desagradable sensación de calor le subió por el cuello. Demonios, no se sonrojaba desde que era un crío.

Y aun así, no podía apartar los ojos del dibujo del escaparate de la tienda de cuadros, la semblanza de un hombre demasiado ebrio para tenerse en pie mientras a su lado alguien robaba sus joyas a una dama. No había confusión posible con respecto a la identidad del caballero. Como si la altura, los cabellos rubios y los ojos azules no fueran detalle suficiente, el artista había dado un nombre al personaje: lord Vinochester.

«Maldita sea.»

—Casi había olvidado esa faceta tuya de calavera que tuviste en tu juventud.

Simon lanzó una mirada a su buen amigo Damien Beecham, vizconde de Quint.

—Parece que es lo único que interesa al artista.

Una vez más, Simon hubo de preguntarse por qué aquel artista, Lemarc, parecía tan obsesionado con él. ¿Sería alguno de sus adversa-

rios responsable de las caricaturas? Nadie consigue llegar a los puestos más altos del Parlamento sin pisar a otros.

—¿Qué número es este? Diría que es la cuarta o quinta caricatura tuya que saca este año. Lord Vnochester se está haciendo muy popular. A lo mejor hasta sacan alguna cuchara o plato conmemorativo en tu honor, como han hecho con el doctor Syntax, de Rowlandson —dijo Quint refiriéndose al popular personaje del artista.

—Oh, qué fantástico —repuso Simon con voz cansina.

Quint rio entre dientes y le dio una palmada en el hombro a su amigo.

—Vamos. Te reíste de las otras. ¿Por qué ponerte tan serio ahora?

Aquello no era del todo cierto. Simon tal vez se había reído públicamente, pero en el fondo aquellas caricaturas le preocupaban. Había trabajado muy duro para labrarse una reputación y lo que menos le interesaba era que algún gracioso se dedicara a ridiculizarlo públicamente. Si seguían describiéndolo como un bufón, su influencia y prestigio entre sus colegas acabarían por resentirse. Tal vez había llegado el momento de sugerir a cierto artista que concentrara sus habilidades en otro sitio.

Y si la sugerencia se percibía como una amenaza, que así fuera.

—¿Entramos?

Cuando Simon entró, seguido de Quint, una campanilla sonó sobre la puerta. La tienda era una sala espaciosa, con una hilera de ventanas que llegaban hasta el techo y permitían que la luz bañara cada superficie, incluso en un gris día de invierno como aquel. Las paredes estaban cubiertas de obras de arte enmarcadas: paisajes, retratos, litografías que ilustraban la moda del momento y escenas costumbristas, todos ellos en diferentes formas y tamaños. En un rincón había estantes de lienzos sin enmarcar. Simon se acercó dando grandes zancadas hasta el largo mostrador, donde una mujer de mayor edad aguardaba pacientemente. Sus ojos, que miraban desde detrás de unas lentes pequeñas y redondas, se abrieron con desmesura y se desviaron por un

instante al escaparate, antes de volver a posarse en su rostro. «Bueno, al menos no tendré que presentarme.»

La mujer hizo una reverencia.

—Buenas tardes, caballeros.

Simon se quitó el sombrero y lo dejó sobre el mostrador.

—Buenas tardes. Quisiera hablar con el propietario.

—Soy la señora McGinnis, la propietaria. ¿Está interesado el señor en adquirir algún grabado?

—Hoy no. En realidad lo que busco es información. —Y señaló con el gesto al escaparate—. ¿Puede decirme cómo localizar al artista, Lemarc? Su obra me resulta... interesante.

Quint soltó una risita, pero Simon no hizo caso.

—Me temo que el artista desea permanecer en el anonimato, milord.

Aquella respuesta tan previsible no le desanimó. En las pasadas semanas, Simon había hecho ciertas averiguaciones en relación con el artista, y sabía que Lemarc solo era un pseudónimo.

—¿Y si le digo que le pagaré por la información? Digamos unas diez libras.

Los labios de la mujer se crisparon y Simon tuvo la poderosa sensación de que contenía una sonrisa.

—Milord, han llegado a ofrecerme hasta cincuenta libras.

—¿Y si le doy cien?

—El señor tendrá que disculparme, pero mi lealtad es para el artista. No sería correcto si desoigo sus deseos.

Por dentro, Simon maldijo la obstinación de aquella mujer, aunque su devoción por Lemarc era encomiable.

—Entonces, quisiera comprar la caricatura del escaparate.

La señora McGinnis meneó la cabeza.

—Discúlpeme otra vez. Ese dibujo en particular no está en venta.

Simon estuvo a punto de abrir la boca por la sorpresa.

—¿Que no está en venta? ¿Sea cual sea la oferta?

—Sea cual sea. El artista prefiere conservar la pieza en su colección privada.



«Maldita sea.» Simon tamborileó con los dedos sobre el mostrador, mientras su mente barajaba las diferentes posibilidades. Ni siquiera podía comprar las dichas caricaturas para deshacerse de ellas.

Quint se inclinó hacia delante.

—¿Hay alguna otra pieza de Lemarc que sí esté en venta?

—Bueno, pues sí —contestó al punto la propietaria—. Tengo una colección de acuarelas del artista con semblanzas de pájaros, si los caballeros desean verlas.

—Se las lleva todas —dijo Quint señalando con el pulgar a Simon—. Todas las que tenga.

—¿Pájaros? —Simon lo miró con expresión furiosa—. ¿Pájaros?

—Cómpralas, Winchester. Hazme caso.

Simon se volvió hacia la propietaria.

—¿Cuántas son?

—Casi veinte, milord. Son muy bonitas, y todas han sido pintadas estos últimos años. ¿Desean verlas los señores?

Fue Quint quien contestó.

—No, no será neces...

Pero antes de que pudiera terminar, Simon lo aferró del hombro y se lo llevó hacia la entrada.

—¿Nos disculpa un momento, señora McGinnis?

—Por supuesto. Tómense todo el tiempo que necesiten, caballeros. Estaré en la trastienda.

Y dicho esto, desapareció en la parte de atrás y los dejó solos.

Simon miró a su amigo con expresión grave.

—¿Por qué demonios voy a comprar casi veinte acuarelas de pájaros? Detesto los pájaros.

—Porque algunos solo se encuentran en zonas muy localizadas, tarugo. Es posible que encontremos algún punto en común entre los pájaros que retrata y eso nos permita situar a Lemarc en algún condado concreto. Al menos eso te daría un punto de partida para empezar a buscar.

Simon pestañeó.

—Quint, eso es...

—Lo sé. Y ahora, compra las dichas acuarelas para que podamos irnos de una vez al club. Me muero de hambre.

Por un momento, Simon había olvidado la afición de Quint por los enigmas.

—Bien. El proyecto es tuyo, entonces. Dame una de tus tarjetas.

Quint sacó una tarjeta y Simon llamó a la señora McGinnis.

—Me llevaré todas las acuarelas de pájaros —dijo a la propietaria cuando regresó, y se sacó una tarjeta del bolsillo del pecho—. Mándeme a mí la factura, los dibujos envíelos a esta dirección —y le entregó la tarjeta de Quint.

—Por supuesto, milord. ¿Desea el señor que los enmarquemos?

Ya puestos, pensó. Ya les encontraría alguna utilidad. Podía usarlos para hacer prácticas de tiro, por ejemplo.

—Desde luego. Confío en su buen criterio, señora McGinnis. Elija usted los marcos que le parezcan más adecuados. ¿Cuándo cree que estarán listos?

—Pondré al chico a trabajar enseguida. El señor tendrá sus cuadros pasado mañana.

En ese momento sonó la campanilla de la puerta y, al volverse, Simon vio una figura menuda entrar apresuradamente. Una dama, a juzgar por el sombrero a la moda y pelliza negra. Cuando la mujer los vio pareció quedarse helada, pero inclinó enseguida la cabeza. Había en ella algo que le resultaba extrañamente familiar...

—Lord Quint —oyó que decía.

Quint inclinó la cabeza.

—Lady Hawkins. Qué agradable volver a verla.

Por un momento pareció como si el aire hubiera desaparecido de la habitación. O quizá solo era que los pulmones de Simon se negaban a colaborar, porque una sensación de comezón se había encendido en su pecho, como si el techo se le hubiera caído encima. Santo Cristo, no esperaba encontrarla allí. En realidad no esperaba encontrarla en ninguna parte. Diez años. Habían pasado diez años desde que se vieron

las caras por última vez. Evidentemente, conocía todos los rumores sobre ella. No podía ocultarse que aquella mujer disfrutaba de la notoriedad y del espectáculo.... lo cual no dejaba de sorprenderle, porque él la recordaba como una persona reflexiva y, ejem, tímida.

Pero claro, eso es porque en realidad nunca había llegado a conocerla de verdad. El escándalo que dio cuando aún era lady Margaret, unido al comportamiento que había mostrado desde que acabó el periodo de luto tras la muerte de su marido lo dejaban muy claro.

Simon estaba tan sorprendido que se había quedado sin habla, de modo que se limitó a mirar. Desde luego, a juzgar por su aspecto, los años habían tratado bien a lady Hawkins. De su sombrero sobresalían algunos mechones negros, y sus delicadas facciones casi relucían por el frío. Tenía la piel cremosa, sin la más leve imperfección, y unos ojos verdes que hablaban de los pastos irlandeses de sus ancestros. Mientras la miraba, su boca generosa esbozó una leve sonrisa. Sí, Simon recordaba muy bien la belleza y la sencillez de aquella sonrisa, y las cosas que había llegado a hacer solo para verla.

Hubo un tiempo en que hubiera movido cielo y tierra por hacer feliz a aquella mujer. Había sido tan, tan necio. La ira se revolvió en sus entrañas cuando recordó su infidelidad... pero la apartó enseguida, porque era una ira absurda. Después de todo, habían pasado diez años.

—Lord Winchester, cuánto tiempo —oyó que decía ella con tono tranquilo y educado.

Él inclinó la cabeza con rigidez.

—Lady Hawkins. Es un placer verla.

Pero incluso él mismo se dio cuenta de lo postizas que sonaban sus palabras.

Ella no contestó, y se hizo un incómodo silencio. Maldita sea, no sabía qué decir. Se sentía la lengua y los pies clavados al suelo.

—¿Va a comprar usted algún grabado? —preguntó finalmente Quint.

La mujer se acercó al mostrador y la coronilla de su cabeza apenas si le llegaba a Simon al hombro.

—Ya lo he hecho, la semana pasada. Lo dejé para que me lo enmarcaran y venía a recogerlo. ¿Y usted?

—Hoy es Winchester el que compra.

Lady Hawkins se volvió y su mirada inquisitiva topó con la de él. Resultaba difícil no reparar en la expresión de inteligencia de aquellos ojos, tan familiar y a la vez misteriosa. Se aclaró la garganta.

—He comprado una colección de acuarelas de pájaros.

—¿De veras?

—Ciertamente, milady —confirmó la propietaria—. Los diecinueve grabados de Lemarc. El señor los ha comprado todos.

—Oh. ¿Ha desarrollado usted un nuevo interés por la ornitología, milord?

El sonido de la voz de lady Hawkins, bromeando con aquel tono ronco y único, hizo que la piel le cosquilleara. No pretendía responder de un modo tan visceral, pero no pudo evitarlo. Durante los meses que pasaron juntos, ella siempre bromeaba y le hizo reír como nunca antes en su vida. Por eso cuando la perdió su ausencia se le hizo tan difícil.

¿Hacía reír también al difunto lord Hawkins? ¿Y a los otros hombres de su pasado?

—Quiere decir pájaros —dijo ella atrayendo de nuevo su atención—. Le preguntaba si le interesan a usted los pájaros.

—Más bien las pájaras —musitó Quint, y lady Hawkins rio por lo bajo.

—Sé bien lo que es la ornitología —contestó por fin Simon—. Y si bien no puedo decir que sea un experto, de pronto siento una gran fascinación por los pájaros. ¿Y usted, milady?

Ella se volvió para mirar algunos objetos expuestos en la vitrina.

—Oh, no, me temo que no distinguiría una perdíz de un trepador.

—¿Ha visitado alguna de las otras exposiciones de arte recientes? —preguntó Quint.

«¿Otras?», pensó Simon. Definitivamente, Quint había olvidado

mencionar que se había encontrado con lady Hawkins. Lo cual era bien extraño, puesto que estaba al corriente de lo que había pasado entre ellos dos. Aunque tampoco es que le importara mucho. No, desde luego que no.

—No he tenido tiempo —replicaba ella en aquellos momentos—. Y usted, ¿compró al final el cuadro que estuvo admirando en la exposición de Waterfield?

—No, no me interesaba especialmente adquirirlo —admitió Quint—. Solo estaba tratando de deducir cómo había conseguido el artista aquel tono particular de amarillo. Nunca había visto un amarillo tan brillante.

—El pigmento se consigue a partir de un metal llamado cadmio. Justamente había leído en qué consiste esa técnica antes de la exposición.

—Extraordinario. Deben de usar una solución ácida... —Y sin dejar de musitar, el hombre se sacó del bolsillo un cuaderno de notas y un lápiz y se dirigió hacia la puerta escribiendo unas notas furiosas.

—Es bueno ver que algunas cosas no cambian —dijo lady Hawkins—. Parece que lord Quint sigue sintiéndose totalmente absorto por lo que sea que haga.

—No sabía que usted y Quint fueran tan amigos.

Ella escrutó su rostro.

—Sí, bueno. Supongo que no todo el mundo me dio la espalda.

Aunque lady Hawkins solo musitó aquello por lo bajo, a Simon le pareció un comentario un tanto extraño. Era ella quien había elegido, años atrás, y su elección fue Davenport, el actual lord Cranford. Desde luego, fue mala suerte que no le saliera bien; su reputación sufrió un fuerte revés con aquello. Pero sin duda era consciente de las posibles consecuencias cuando lo arriesgó todo para flirtear con Davenport. Así pues ¿cómo podía sorprenderle nada de lo que había sucedido?

—¿Desea el señor la factura?

Simon se volvió sobresaltado hacia la señora McGinnis, de quien se había olvidado por completo. La anciana esperó con paciencia su

respuesta, pero entonces lady Hawkins se movió y sin querer volvió a arrebatárle la atención del caballero cuando se alejó para contemplar un cuadro que había en la pared del fondo. Simon sabía que no debía permanecer allí, que debía aprovechar la ocasión para marcharse y poner tanta distancia como pudiera entre los dos... pero no podía. Necesitaba ir en pos de ella, hablarle. «¿Con qué fin?», pensó reprendiéndose. ¿Para charlar educadamente del tiempo? Por Dios, era un perfecto idiota.

—Sí, quiero la factura —se oyó contestar a la señora McGinnis.

La propietaria desapareció en la trastienda y Simon se acercó a lady Hawkins.

—Parece que entiende de arte.

—Un poco. He estudiado aquí y allá estos últimos años. —La mujer encogió los hombros y lo miró de arriba abajo con descaro, paseando el pálido verde de sus ojos por su figura—. Le veo bien. Aunque no esperaba otra cosa.

Algo en su tono le hizo fruncir el ceño.

—¿Lo que significa?

—Significa que ha pasado mucho tiempo y se le ve más... no sé, tiene un aire más aristocrático de lo que recuerdo.

—¿Aristocrático? —Muy a su pesar, Simon sonrió—. Soy un conde, lady Hawkins. Y lo era también cuando...

No pudo terminar la frase, las palabras se le atascaron en la garganta. ¿Lo supo alguna vez? ¿Llegó a tener siquiera una idea de lo que sentía por ella? Dios, hubo una época en que el solo hecho de ver la curva de su cuello le hacía sacudirse.

En su momento, nunca dejó de soñar con seducirla, pero decidió esperar a que estuvieran casados. Tonto él, por pensar que ella sentía lo mismo.

—¿Cómo está su madre? Guardo un grato recuerdo de ella —preguntó lady Hawkins.

Simon cambió el peso sobre sus pies, visiblemente incómodo. Deseaba a un tiempo echar a correr y no marcharse nunca de allí.

—Está muy bien, gracias. ¿Y la suya?

—Lamento decir que su salud no es buena. Pero nos las arreglamos.

—Lo siento, Maggie. —El nombre se le escapó sin querer.

Ella tragó, pero su expresión no se alteró, su mirada seguía clavada en los cuadros.

—No hay necesidad de disculparse, Simon —dijo, correspondiendo la familiaridad—. Si una cosa he aprendido sobre mí misma en estos años es que se me da muy bien salir adelante.

—Sí, eso he oído.

Ella volvió la cabeza para mirarlo.

—¿Ah, sí?

—Está usted siempre en boca de todos.

Ella arqueó una ceja.

—Pues yo no hago más que oír hablar de sus hazañas en el Parlamento, lord Vinochester.

Al oír aquel nombre, Simon cuadró los hombros con rigidez de manera instintiva. Lady Hawkins había visto la caricatura del escapate, sin duda. Haciendo un esfuerzo para controlar el impulso de acercarse y romper aquel dibujo, comentó entre dientes:

—Me temo que exageran.

—Sí, pero es lo que mejor se le da a la alta sociedad.

No podía discutirle aquello.

—A estas alturas esperaba haber podido contar con su presencia en alguna de mis fiestas —siguió diciendo ella.

—No recuerdo haber sido invitado —replicó él.

—Um. ¿Es eso lo que le retiene? ¿Que no tiene invitación?

Simon comprendió que se estaba riendo de él. Burlándose de él. Pero había algo más... La rigidez de los hombros y los labios fruncidos sugerían que estaba furiosa. Le dio un par de vueltas, tratando de encontrarle un sentido.

—Discúlpeme, aquí tiene su factura, milord —exclamó la señora McGinnis desde el mostrador.

Maggie lo dejó plantado y se fue al otro lado de la tienda, y a él no le quedó más remedio que acercarse al mostrador para recoger su factura. Se metió el pequeño pedazo de papel en el bolsillo.

—Buenas tardes, lady Hawkins —dijo a la espalda de Maggie.

Ella no se volvió, se limitó a agitar la mano.

—Buenas tarde tenga usted, lord Winchester.

Una vez fuera, Simon encontró a Quint aún garabateando. Mientras esperaba a que su amigo acabara, no pudo evitar volverse hacia la tienda, y trató de convencerse de que lo hacía para estudiar una vez más la infame caricatura... aunque en realidad sus ojos se fueron directos a lady Hawkins.

—La viste y no me dijiste nada —comentó con tono tan despreocupado como pudo.

Quint levantó la cabeza al instante.

—No pensé que te importara.

—Y no me importa. Solo estoy sorprendido.

—Claro —dijo su amigo con voz cansina, y enseguida volvió con sus notas—. Y luego dicen que yo miento mal.

—¿*¿* Puedo dejar de sonreír?

Maggie se sentía como una idiota, con aquella sonrisa postiza delante del mostrador.

—Todavía no, milady. Los caballeros aún están ahí fuera, mirando hacia aquí.

—¿Alguna sugerencia? Me siento como una idiota plantada aquí delante haciendo el paripé.

—¿Por qué no se pasea por la tienda y yo me voy atrás como si fuera a buscar su cuadro?

La señora McGinnis le lanzó una mirada de disculpa y se escabulló a la trastienda. Siguiendo la sugerencia de la mujer, Maggie se acercó al montón de lienzos que descansaban apoyados contra la pared y trató de pasarlos con calma, aunque su corazón latía más deprisa que las



alas de un gorrión. Simon había estado allí, contemplando su grabado. ¿Qué había sentido al mirarlo? ¿Humillación? ¿Ira?

Sintió que la satisfacción la dominaba.

Él no sabía nada, por supuesto. ¿Cómo iba a pensar que ella era la responsable de las caricaturas de lord Vinochester? Solo tres personas estaban al corriente de sus aptitudes: su hermana, su mentor, Lucien, y la señora McGinnis. Y ninguno revelaría jamás su secreto.

Señor, cuando Simon la había mirado con aquella sonrisa tan íntima y juvenil, la sensación de calor la había recorrido de los pies a la cabeza. Seguro que tenía a sus pies a todas las mujeres de Londres, como la había tenido a ella en otro tiempo.

Pero nunca más.

Sí, había sido lo bastante necia para confiar en él. Incluso amarlo. Pero ya no era necia, ni ingenua. Ahora era más lista. Más fuerte. Era una persona distinta.

Pero más que aquel coqueteo, lo que más le había molestado era que hablara como si no tuviera nada por lo que disculparse. Como si no le hubiera dado la espalda cuando más lo necesitaba.

De todo lo que había sucedido desde aquel escándalo, lo que más le había dolido era la traición de Simon. Que es el motivo por el que le complacía tanto tanto humillarlo públicamente. Ahora conocía su reputación, era un líder respetado y poderoso del Parlamento. Nunca estaba entre los que perdían. Se decía que era un hombre justo e inteligente, y sus travesuras de juventud habían quedado olvidadas.

Pero ella no había olvidado. ¿Cómo podía olvidar cuando los cotilleos de su caída la seguían allá donde iba?

«La ramera medio irlandesa.»

Al principio no pudo evitar sentirse molesta por aquel apelativo, sobre todo porque las damas jamás se molestaban en bajar la voz para decirlo. Pero con los años se había acostumbrado y había aprendido a usar aquello en su favor. Cuando has caído, aprendes a levantarte o a quedarte en el suelo... y Maggie no tenía intención

de permitir que la alta sociedad la pisara. No señor, si acaso sería al revés.

Bueno, quizá no podría pisarles... pero les haría pagar por lo que le habían hecho, eso sí. Por fortuna, la popularidad de Lemarc le daba el foro que necesitaba para denunciar lo hipócrita y absurdo de la sociedad londinense. Lucien, su amigo, siempre decía que los artistas debían utilizar el arte para canalizar el dolor y el sufrimiento, pero ella se había aferrado a su rabia durante demasiado tiempo.

—Ya se han ido, milady.

Era la señora McGinnis, que en ese momento volvía con un paquete marrón en las manos.

—Menos mal. —Maggie se llevó una mano al pecho y por poco no se cae de puro alivio—. Casi me muero cuando he entrado y lo he visto aquí. ¿Qué quería?

—La caricatura, por supuesto. Trató de sobornarme para que le diera el nombre real de Lemarc. Y como no lo consiguió, quiso comprar la caricatura al precio que fuera.

—¿Al precio que fuera? Bueno, lamento haberla privado de una venta. Imagine el dinero que conseguiría si pudiéramos revelar la verdadera identidad de Lemarc.

La señora McGinnis meneó la cabeza.

—Si lo hiciéramos, sin duda a la larga saldría perdiendo, milady. Es el misterio lo que los atrae hasta aquí, si no le importa que lo diga, y el talento que tiene usted hace que compren todo lo que dibuja. Las acuarelas de pájaros eran lo último que me quedaba. —Estiró el brazo y le dio unas palmaditas en la mano—. Y haría cualquier cosa por usted. Desde luego, no hay dinero suficiente en el mundo para hacerme traicionar nuestro secreto.

Maggie apretó los dedos de la mujer.

—Gracias. Su lealtad significa mucho para mí.

—Soy yo quien debe darle las gracias. De no ser por usted, aún estaría en Little Walsingham, sufriendo los golpes del demonio con

el que me casé. Se lo debo todo, porque usted me dio el dinero y las obras que necesitaba para abrir esta tienda. Y eso no lo olvidaré.

—Entonces nos salvamos la una a la otra. Sin su amistad, yo no hubiera sobrevivido.

En el pueblo, las otras mujeres siempre miraron con espanto a la escandalosa joven que se había casado con el viejo y acaudalado barón. No le había sido fácil hacer amigas.

La señora McGinnis rio por lo bajo y se apartó para enjugarse unas lágrimas.

—Menudo par, ¿verdad? Bueno, todo aquello ha pasado. Mírese ahora... ¡todo Londres habla de usted!

Las palabras de Simon volvieron a su mente. «Está usted siempre en boca de todos.» Y se preguntó qué habría oído decir de ella. Fuera lo que fuese, seguro que se alegraba de haber tomado la decisión que tomó hacía diez años.

—Bueno, a pesar de todo, estoy muy orgullosa de mi trabajo. Hablando de trabajo, ¿por qué cree que lord Winchester ha querido comprar los pájaros?

La propietaria se encogió de hombros.

—No sabría decirle. Su amigo, lord Quint, lo convenció. Se retiraron a un rincón para hablar en privado. Y entonces lord Winchester accedió a comprarlos sin siquiera mirarlos, y pidió que fueran enviados al domicilio de lord Quint.

Maggie frunció el ceño. ¿Los había comprado sin verlos? ¿Los mandaban a la casa de lord Quint? Todo aquel asunto era de lo más extraño y detestaba no saber por qué la gente hacía las cosas. Una cualidad muy molesta, pero que la convertía en una aguda observadora de la naturaleza humana, lo que a su vez resultaba en dibujos más perspicaces y provocativos. A pesar de su obstinación por encontrar siempre una razón, su hermana siempre le decía que no diera tantas vueltas a las cosas. Pero no podía evitarlo.

—¿Podría decirme qué le hizo el conde a la señora para que aparezca en tantos de los dibujos de Lemarc?

Maggie agitó una mano.

—No son tantos. Prinny, el príncipe regente, aparece en muchos más y jamás lo he visto en persona.

—A mí no me engaña. La conozco demasiado bien. Ha convertido a lord Winchester en un hazmerreír y tiene que haber una buena razón para ello.

Oh, sí. Desde luego que la había.

La señora McGinnis la estudió con detenimiento.

—Lo recuerdo de los tiempos de mi presentación en sociedad —dijo por fin Maggie—, y es algo que prefiero olvidar. Espero que le haya cobrado una buena cantidad por las acuarelas.

—Por supuesto. Usted amasará una pequeña fortuna a costa de lord Winchester. Y bien ¿a qué debo el honor de su visita?

—Quería decirle que ya he terminado los dibujos arquitectónicos y también una nueva caricatura para el escaparate. Utilizaremos el procedimiento habitual para la entrega. ¿Qué le parece pasado mañana?

—¡Excelente! —La propietaria dio unas palmas—. A los turistas les van a encantar los dibujos de monumentos arquitectónicos. Hay otro asunto que debemos discutir. He recibido una carta de Ackermann. Está preparando un libro de viajes sobre Escocia y Gales y desea contratar sus servicios... los de Lemarc, para las ilustraciones.

Rudolph Ackermann, propietario del Museo de las Artes, publicaba libros notablemente famosos sobre viajes, arquitectura y jardinería. La señora McGinnis llevaba meses mostrándole los dibujos de Maggie y no había dejado de rogarle que contratara a Lemarc para ilustrar alguno de sus próximos libros. Sería un trabajo tedioso, pero estaría bien pagado y le daría mucha publicidad. Y, lo más importante, tener la aprobación de Ackermann no era cualquier cosa; aquel hombre jamás trabajaba con artistas inexpertos o vanguardistas. Algo así pondría su trabajo al mismo nivel que el de artistas consolidados de la talla de Rowlandson y Gillray.

—Pide casi cien aguatinas —siguió diciendo la señora McGinnis ante el silencio y la estupefacción de Maggie—. ¿Puedo decirle que sí?

—¡Sí! Desde luego que sí. Qué maravillosa noticia —exclamó, y estiró los brazos para estrechar las manos de la señora McGinnis—. Le agradezco que luche tanto por mí.

—El acuerdo nos beneficiará a ambas, milady. Entre el trabajo de Ackermann y su amigo de París, pronto tendremos a Londres a nuestros pies. Y quizá para el verano podamos permitirnos una tienda más grande en el Strand.

—Oh, excelente. Veo que ha tenido noticias de Lucien.

Lucien Barreau era uno de los amigos más preciados de Maggie. Lo había conocido cuando estaba estudiando en París hacía unos años, antes de que Hawkins falleciera. Lucien había sido su mentor, le había enseñado a moverse en el mundo de los artistas y la había ayudado a afinar sus capacidades. El talento de aquel hombre era ilimitado, pero se negaba a mostrar su obra en París por miedo al rechazo. Sin embargo, tras una larga batalla, Maggie le había convencido para que vendiera sus trabajos en Londres, en la tienda de la señora McGinnis.

—Pues sí. Esta misma semana recibí una carta suya en la que decía que tiene más de doscientos grabados para mandarnos. La pieza que envió como muestra es destacable. ¿Desea verla?

—No es necesario. Conozco bien su trabajo. El público devorará sus elegantes dibujos como si fueran de crema.

—Eso espero. ¿Quiere que cuelgue el nuevo grabado enseguida o prefiere que deje un poco más el que tenemos expuesto ahora?

—Déjelo una semana más. No querría que lord Winchester piense que su visita la ha impulsado a retirarlo. No, dejemos que se concoma unos días más.

La campanilla de la puerta sonó de nuevo y tres jóvenes damas entraron en la tienda. Eran jóvenes inglesas de mofletes regordetes, cuyas vestimentas delataban su buena posición, y cuyas doncellas se quedaron fuera a esperarlas obedientemente. Las jovencitas iban cogi-

das de las manos y reían con alegría. Maggie se sintió como si tuviera cien años. ¿Había sido ella alguna vez tan inocente, incluso antes del escándalo?

—Discúlpeme —se excusó la señora McGinnis antes de correr a atender a las recién llegadas.

Maggie se desplazó para estudiar un grupo de pinturas en la pared más cercana. Siempre animaba a la señora McGinnis a tener piezas de los artistas más *au courant*; después de todo, no podría mantener la tienda solo con Lemarc. Además de aumentar las ventas, aquello le daba a Maggie la oportunidad de valorar el nivel de la competencia. Ante ella tenía una serie de nuevos y bonitos paisajes irlandeses de Mulready. Muy bonitos, sí, señor.

—¿Sabéis quién es esa? —oyó Maggie que susurraba una de las jóvenes a sus espaldas unos minutos después, aunque lo bastante alto para que llegara a sus oídos.

Maggie contuvo un suspiro y siguió de espaldas a ellas.

—¡Chis! —dijo otra.

—No, ¿quién es? —preguntó la tercera.

Maggie resistió la tentación de darse la vuelta y sisearles como una gorgona con la cabeza de serpientes. Si bien habría sido altamente satisfactorio, a la señora McGinnis no le gustaría que ahuyentara a sus clientes, por no mencionar que podía hacer que perdiera una venta muy necesaria. Aun así, Maggie se mantuvo firme. Bajo ninguna circunstancia daría a aquellas jóvenes el regocijo de hacerla huir. Que cotillearan cuanto quisieran. No dirían nada que no hubiera oído ya.

—... ramera irlandesa.

Un respingo.

—¿Estás segura?

—Segurísima. La vi hace unos meses en la exposición de Reynolds. Mamá ni siquiera quería que la mirara.

«O te convertirías en piedra», pensó Maggie.

—Espera, no sé de quién estás hablando. ¿Quién es?

Se oyeron algunos murmullos, y entonces:

—Lady Mary me lo contó todo, y es amiga de lady Cranford. Amelia. Tendría que haberlo imaginado.

La joven siguió hablando con un tono más pausado y Maggie solo pudo escuchar algunos fragmentos sueltos de lo que decía.

—... presentación en sociedad... la mitad de los hombres de la ciudad. Lady Cranford la pilló... su prometido en aquel entonces... escándalo... casada con lord Hawkins.

Maggie podía imaginarse las partes que faltaban y le sorprendió comprobar que, a pesar de los años, las palabras seguían doliendo. Aquella manera de tergiversar los hechos, la terrible injusticia de aquellas mentiras la sublevaba. Lo único de verdad que había en todo aquello era la última parte, la del escándalo y su matrimonio con Charles. Se tragó el nudo de resentimiento que se le había formado en la garganta.

—¿Y estás segura de que es...?

Maggie podía sentir sus miradas sobre su espalda.

—Sin duda.

—Mamá me dijo que no me dedicara a deambular sola en las fiestas, porque sino la gente podría pensar que soy como ella.

—Nadie podría pensar tal cosa, tonta. Apuesto a que lo lleva en la sangre. ¿Qué se podía esperar de una sucia irlandesa como...?

Maggie giró sobre sus talones para mirarlas. Las jóvenes recularon, sorprendidas, y Maggie se aseguró de mirar a cada una a los ojos. Ninguna dijo palabra y, como era de esperar, ninguna le sostuvo la mirada. Una a una, se volvieron hacia el mostrador, calladas como pinturas. En ese momento la señora McGinnis regresó de la trastienda con un lienzo en las manos. Cuando vio el rostro de Maggie, arqueó una ceja.

Maggie meneó la cabeza y se acercó al mostrador.

—Señora McGinnis, le agradezco que me haya ayudado. Creo que volveré más tarde, cuando la tienda no esté tan... saturada.

La mujer contestó, con una expresión claramente preocupada en sus ojos.

—Como quiera, milady. Ha sido un placer. Siempre es un placer ayudarla.

Maggie salió de la tienda con la cabeza bien alta. El aire gélido golpeó su piel, aunque apenas si lo notó, tal era la ira que corría por sus venas. Y como no estaba dispuesta a escabullirse como una cobarde, se acercó para mirar el escaparate. La señora McGinnis era un genio disponiendo los cuadros y grabados para atraer la mirada de los clientes. Cuando vivía en Little Walsingham, la mujer no sabía gran cosa de arte, pero algunas personas tienen un don para la belleza. A la señora McGinnis le gustaba lo que le gustaba y resulta que a los asiduos solía gustarles también.

Dio un suspiro. La verdad, era absurdo que hubiera permitido que aquellas tres aspirantes a víboras la irritaran de aquella manera. El objetivo de los cotilleos era precisamente ese, provocar una reacción, y como forma de venganza, Maggie trataba de no darles nunca esa satisfacción. Esta vez no lo había logrado, quizás por la inesperada visita de Simon. Por Dios, jamás hubiera esperado encontrárselo allí. Tal vez en alguna de sus reuniones o en una exposición... en algún lugar donde hubiera podido estar prevenida y tuviera tiempo de prepararse.

La caricatura de Vinochester le llamó la atención. Justo delante, en un lugar destacado del escaparate. La imagen la hizo sonreír, su primera sonrisa de verdad en todo el día.

Quizá era hora de dar otra fiesta.